

# iGLÚ: La Aventura recién comienza

Claudio Gregoire

IGLÚ EDITORES



Autor: Claudio Gregoire  
Editorial Iglú Editores  
[www.iglueditores.com](http://www.iglueditores.com)

Diseño de cubierta e interior: Nina Nonaka



# 1

## Presentación





## PRESENTACIÓN

En casa ya está todo listo para comenzar el viaje. Sebastián y Catalina se acomodan en el asiento trasero del automóvil. En el camino, Sebastián le va explicando a Catalina algunas de las cosas que ven a través de la ventana. Le cuenta historias de las ciudades que pasan, le lee carteles o inventa cuentos de misterio.

Desde siempre, Sebastián y Catalina han sido muy buenos hermanos. Para Sebastián, Catalina es una personita a quien querer y cuidar, pero también alguien con quien ensayar nuevos trucos y bromas, y enseñarle a correr, cantar y tantas cosas más. Para Catalina, Sebastián es un héroe, un ser invencible capaz de hacer todo lo inimaginable.

Luego de unas horas de recorrido, la familia Roma ya está instalada en su casa de campo, lista para comenzar -¡por fin!- sus vacaciones.

Mientras sus padres preparan algo para comer, Sebastián y Catalina se dedican a recorrer el lugar que por tantos años ha sido testigo de sus juegos y diversión: la casa del árbol, sus escondites, el río, los animales y tantas cosas más.

Y este año, el desafío de Sebastián será enseñarle a Catalina a andar en bicicleta.

Luego de almorzar, los hermanos Roma van en busca de sus bicis. Catalina tiene algo de miedo en realidad... y ni siquiera la tranquilizaba haber visto muchas veces a su hermano andar en bicicleta sin dificultades. Pero como Sebastián ya tenía entre ceja y ceja la idea de enseñarle... no había forma de negarse.

Para aumentar la confianza de su hermana, disminuir su temor y evitar caídas, Sebastián le puso unas ruedas pequeñas a la bicicleta.

- Mira Cata -dijo Sebastián- estas rueditas te ayudarán a mantener el equilibrio y no podrás caerte.

Catalina, que miraba desde lejos un poco desconfiada, preguntó:

- ¿Y qué pasará cuando quites las rueditas?

- ¡Qué importa, te recojo y ya! -pensó Sebastián, pero como esa respuesta no era la mejor para su hermana le dijo- No te preocupes hermanita, quitaré las rueditas sólo cuando tú me lo digas.

- No creo que pueda Seba -dijo Catalina -, es muy difícil.

- No digas eso hermanita -contestó Sebastián- ¡no seas cobarde! Lo peor es decir que no y abandonarlo todo. Lo que debes hacer es respirar profundo, confiar en ti, e intentarlo las veces que sea necesario. Y no olvides que yo siempre estaré a tu lado para ayudarte.

Las palabras de su Sebastián hicieron que Catalina intentara una y mil veces montar su bicicleta hasta lograrlo. Fue cosa de días, pero la tarea no fue fácil.

Al comienzo, las rueditas pequeñas ayudaban mucho a la confianza de Catalina. Podía subirse y pedalear perfectamente. Y sólo debía fijarse en tomar bien el manubrio y conducir por el camino correcto. Discretamente, Sebastián fue levantando las rueditas pequeñas para Catalina se mantuviese en la bicicleta gracias a su equilibrio. Poco a poco, Catalina dominaba mejor su bicicleta hasta que un día, Sebastián le preguntó si estaba preparada para, de una vez por todas, sacar las rueditas y lanzarse totalmente sola.

- No estoy segura aún Seba -dijo Catalina-, ¿porqué no seguimos algunos días más así? O mejor dicho ¿para siempre?

- ¡No seas ridícula! -contestó Sebastián-, ¿que van a decir los otros niños cuando te vean con estas ruedas? Yo creo que ya estás lista para hacerlo. No te preocupes, yo te afirmaré e iré contigo. Cuando tú me digas, te suelto y te lanzas solita. ¿Qué te parece?

- No lo sé Seba -dijo Catalina-

- ¡Recuerda! -exclamó su hermano- Debes intentarlo cuantas veces sea necesario para que aprendas. Es muy divertido y te lo estás perdiendo.

- ¡Bien! -contestó Catalina- entonces intentémoslo.





Sebastián quitó las rueditas pequeñas de la bicicleta de su hermana y esperó que se subiera. Una vez arriba, le dijo:

- Ya Cata, comienza a pedalear. Yo te iré sosteniendo y corriendo a tu lado, cuando estés preparada, me avisas y yo te soltaré.

- Muy bien –contestó Catalina- ¡hagámoslo!

Catalina comenzó a pedalear con su hermano junto a ella. Luego de unos metros, y fijándose que todo estaba bien, Sebastián comenzó lentamente a soltar la bicicleta de Catalina sin que ella se diera cuenta, y sólo corría a su lado. Catalina, totalmente concentrada en conducir, no se dio cuenta, ni tampoco de los muchos metros que ya llevaba montada sola en su bicicleta. Cuando se sintió segura, le gritó a su hermano:

- ¡Ya Seba! ¡Ya puedes soltarme! ¡Yo puedo hacerlo sola!

Sebastián finalmente dejó de correr y se detuvo orgulloso a mirar como su hermana menor lograba por fin montar su bicicleta sola.

Así transcurrían las vacaciones de la familia Roma. Descansando, jugando, montando en bicicleta, subiendo a la casa del árbol... cada día, un panorama distinto y entretenido.

Pero uno de esos días, Sebastián tuvo una idea que cambiaría su vida.

Su plan era ir a una explanada cercana, rodeada de quebradas, y donde corría mucho viento. Escenario perfecto para elevar su cometa.

- ¡Yo también quiero ir! –dijo Catalina- mientras tú elevas la cometa, yo pasearé en mi bicicleta.

Y ambos partieron a la explanada.

Mientras Catalina paseaba en bicicleta, Sebastián corría de un lado a otro, para que su cometa pudiese tomar aire y comenzara a elevarse.

Mucho tiempo pasó mientras los hermanos Roma jugaban y jugaban en la explanada.

De tanto en tanto, Sebastián lograba su objetivo y la cometa se encumbraba por los cielos unos cuantos metros. Pero aquel día estaba muy tranquilo, y el viento que de costumbre



había en el lugar, sólo se dejaba caer por cortos minutos. En uno de sus intentos, una ráfaga de viento inundó el lugar y Sebastián corrió y corrió para que su cometa lograra volar. Corría y corría... y mientras lo hacía, daba rápidas miradas hacia atrás para comprobar la altura de la cometa.

Pero en uno de esos giros, no notó que la explanada llegaba a su fin, y cayó de golpe a la quebrada. Uno, dos, tres, cuatro, cinco metros cayó, azotando su cabeza contra una gran roca. La cometa dejó de volar. Y Sebastián perdió la conciencia. No pudo gritar ni pedir ayuda.

Montada en su bicicleta, Catalina regresó de su paseo a la explanada, y no encontró a su hermano. ¡Sebastián! ¡Sebastián! Lo llamó y buscó. Pero nada. Finalmente, en una de sus tantas vueltas, asomó la cabeza por la quebrada y vio a su hermano en ella.

Catalina pedaleó y pedaleó como nunca, para avisar a sus padres.

En menos de una hora, Sebastián ya estaba internado en el hospital más cercano.

Triste manera de cortar sus vacaciones.

En el hospital, Catalina no entendía mucho qué pasaba. Sólo veía a sus padres muy preocupados y tristes.

Pasaron muchos días, y si bien Sebastián ya había salido bien de la operación de urgencia que recibió a su llegada, Catalina no entendía porqué sus padres aún continuaban tan tristes.

Al finalizar la semana, los Roma regresaron del campo a la ciudad, y Sebastián fue cambiado de hospital. Pero la tristeza de sus padres seguía igual, y nadie le explicaba nada a Catalina.

Luego de unos días, Catalina estaba en casa -que se sentía muy grande y sola sin su hermano- cuando sus padres le dieron la gran noticia: Sebastián saldría del hospital y volvería nuevamente con ellos. El corazón de Catalina casi estalla de felicidad. Por fin su querido hermano volvería junto a ella, y con él regresarían los juegos y la diversión.



Pero esta vez las cosas no serían como las pensaba Catalina. En una larga conversación, sus padres le contaron que el accidente de Sebastián fue mucho más grave de lo que todos pensaban. La caída en la quebrada fue de muchos metros, y el golpe en la cabeza lo tuvo al borde de la muerte. Pero gracias a los médicos y cuidados de sus padres y de ella misma, hoy se encontraba fuera de peligro.

- Entonces está todo bien –dijo Catalina-

- Lamentablemente no –respondieron sus padres-, Sebastián ha quedado con una secuela del accidente.

- ¿Cuál? ¿Qué puede ser tan grave? –preguntó Catalina-.

- Tu hermano ha quedado ciego –respondieron tristemente sus padres.

- ¿Qué es ser ciego? –preguntó Catalina desconcertada.

- Una persona ciega es alguien que no puede ver– respondieron sus padres.

- ¡Eso no es posible! –dijo Catalina indignada- ¿cómo es eso que alguien no pueda ver? Tal vez los médicos no se han dado cuenta de que Sebastián tiene sus ojos cerrados ¡y por eso no puede ver! Cuando llegue a casa yo le diré que tiene que abrir sus ojitos... tal vez con el golpe se le ha olvidado... y con eso solucionaremos el problema.

Explicar a Catalina qué es la ceguera, y cómo es el mundo de las personas ciegas no fue nada fácil para sus padres. Catalina no entendía mucho de qué se trataba todo esto. Pero una vez lo entendió, su tristeza fue aún mayor.

En su habitación, Catalina lloró. La enfermedad de su hermano era muy terrible y no podía creer que nadie pudiese hacer nada por él. Pero ver la tristeza de sus padres le hacía pensar que esto era definitivo. Por muchas horas lloró y lloró. Pero su hermano siempre lograba salirse con la suya, y era el mejor en todo, por lo que esta vez también lograría vencer a esta enfermedad. De eso estaba segura.

Y el día por fin llegó. Sebastián volvía a casa.

Catalina se puso muy bonita para recibir a su hermano. El momento había llegado. La



puerta se abrió y Sebastián entró a casa afirmado del brazo de su padre. Catalina se paró frente a él, esperando algún saludo de su parte. Pero eso nunca ocurrió, hasta que sus padres le advirtieron de la presencia de su hermana. Sebastián, con un pequeño gesto la saludó, y partió hacia su habitación afirmado de su madre.

Sólo en ese momento Catalina supo el peso real de la situación: su único hermano, su héroe y cómplice de tantas aventuras no podía valerse por si solo, y tenía una tristeza que partía el corazón.

Los días siguientes fueron muy tensos en casa de los Roma. Luego del accidente, Sebastián se había transformado en un niño retraído y huraño.

Pero las cosas no quedarían así. Si bien Sebastián pasaba por un momento de depresión, el resto de su familia no permitiría que esto continuara. Comenzaron a averiguar sobre las personas ciegas y cómo podrían ayudar con la rehabilitación de Sebastián. Sus padres recorrieron toda la ciudad, para encontrar un lugar donde pudieran ayudar a su hijo. Lamentablemente su ciudad era muy pequeña y no existían muchas instituciones de rehabilitación para discapacitados, pero como una luz de esperanza, los médicos de Sebastián les recomendaron que se trasladaran a Ciudad del Sol, un lugar mucho más grande, a sólo unos kilómetros, y donde el mayor de los Roma podría aprender todo lo necesario para salir adelante.

La decisión era muy difícil. No solo tendría que ir Sebastián. Tendría que mudarse toda la familia, y eso eran palabras mayores. Mientras tomaban la decisión, los padres de Sebastián compraron por internet muchos aparatos adaptados para personas ciegas: computadores, teléfonos móviles, relojes, y por supuesto un bastón que le ayudaría a su movilidad. Con estos regalos, esperaban que su hijo supiera que él no era el único ciego en el mundo, que su vida no terminaba ahí, y que estos aparatos le ayudarían a hacer día a día un poco más fácil.

Como una sorpresa de aquellas que a él tanto le gustaban, pusieron todos los aparatos en la mesa del comedor, y lo llamaron para explicarle qué era cada cosa y para qué servía. Una vez que Sebastián estuvo frente a la mesa, Catalina muy contenta le dijo que comenzara





tocar lo que estaba ahí, que eran todos regalos para él.

Sebastián, un poco desconcertado, comenzó a tocar todo hasta llegar a su bastón. Extrañado preguntó:

- ¿De qué se trata todo esto?

- Son cosas especiales para personas ciegas –contestaron sus padres-, y te ayudarán mucho.

En ese momento, Sebastián comenzó a llorar y gritar muy desesperado:

- ¡No me traten como un inválido! ¡Yo no quiero ser ciego! ¡Saquen esto de aquí!

Y se fue hacia su habitación, tropezando y golpeándose con las paredes.

Sus padres y Catalina miraban la escena desconcertados. Nunca imaginaron la reacción de Sebastián. Recién ahí se dieron cuenta de lo mal que estaba, y tomaron la decisión de mudarse a Ciudad del Sol: Sebastián necesitaba comenzar urgentemente su rehabilitación.

Pero las cosas en Ciudad del Sol no cambiaron mucho. Sebastián continuaba con su actitud negativa.

Catalina sufría con la enfermedad de su hermano, pero aún más con su tristeza. Recordaba aquellos tiempos donde él le enseñaba todo lo que ella no sabía, y cómo la ayudaba a cumplir todas sus metas sin miedos. Fue en ese momento que recordó cuando su hermano mayor le enseñó a andar en bicicleta. Decidida, caminó a la habitación de su hermano y con voz firme le dijo:

- ¡Levántate Seba, que saldremos a caminar con tu bastón!

- ¿Qué estás diciendo Cata? –preguntó Sebastián sorprendido.

- ¡Lo que estás escuchando! Ya basta de compadecerte. Los papás me han explicado para que sirva el bastón ¡y tú lo vas a ocupar!

Sebastián no podía creer lo que estaba escuchando... pero si era su hermana menor quien le estaba ordenando que se parara de su cama y reaccionara.

- Pero Cata –respondió Sebastián-, eso es muy difícil.



- Nunca digas eso hermanito, ¡no seas cobarde! Lo peor es decir que no y abandonarlo todo. Lo que debes hacer es respirar profundo, confiar en ti, e intentarlo las veces que sea necesario. ¿Recuerdas eso? –preguntó Catalina-, fuiste tú mismo el que me lo enseñó, ¡así que levántate de esa cama!

- Hermanito –continuó Catalina- ya nuestros padres te han enseñado la técnica para utilizar tu bastón, y yo he visto cómo se hace, así que te puedo ayudar. Yo creo que ya estás listo para hacerlo, debes tener confianza en ti mismo y atreverte de una vez por todas. No te preocupes, yo iré contigo, y cuando tú me digas, te suelto y te lanzas solito. ¿Qué te parece?

- No lo sé Cata –dijo Sebastián-

- ¡Recuerda! –exclamó su hermana- ¡Nada es imposible! Debes intentarlo cuantas veces sea necesario.

Catalina llevó a su hermano fuera de su casa con su bastón para practicar, y esperó que estuviese preparado. Una vez listo, le dijo:

- Ya Seba, comienza a caminar y yo te iré sosteniendo y caminando a tu lado, cuando estés preparado, me avisas y yo te soltaré.

- Muy bien –contestó Sebastián- ¡hagámoslo!

De esta manera, Sebastián comenzó a caminar con Catalina a su lado. Luego de unos metros, y fijándose que todo estaba bien, Catalina comenzó lentamente a soltar a su hermano sin que éste se diera cuenta, y sólo caminaba a su lado. Sebastián, que estaba muy concentrado en su camino, no se dio cuenta, ni de los muchos metros que ya llevaba caminando solo, y cuando se sintió seguro, le dijo a su hermana:

- ¡Ya Cata! ¡Ya puedes soltarme! ¡Yo puedo hacerlo solo!

Y Catalina finalmente dejó de caminar y se detuvo a mirar como su hermano mayor lograba, una vez más, salir victorioso de una nueva aventura... tal como antes.

Los meses siguientes fueron de muchos avances. Con la ayuda de Catalina, Sebastián mejoró mucho su estado de ánimo. Ahora, lavarse los dientes con la crema para las arrugas

de su madre, pisar al gato sin querer, o echarle azúcar en vez de sal a las comidas por error, le causaban risa y no rabia o frustración. También, dejó de rechazar su bastón y el resto de los aparatos tecnológicos. De hecho, se podría decir que encontró un refugio en la tecnología, a la que dedicaba muchas horas del día, transformándose en casi todo un experto. Sus padres y Catalina estaban contentos, pero aún existía una preocupación: Sebastián poco a poco comenzaba una vida más normal, pero de forma solitaria... y eso no era bueno. Desde que se mudaron a Ciudad del Sol –hacia un año-, no había querido retomar sus estudios ni juntarse con otros niños. Y eso se estaba transformando en una tarea pendiente para Sebastián. Hasta que al fin, algo cambió.



# 2

## El comienzo de la aventura







## EL COMIENZO DE LA AVENTURA

Como cada día los hermanos Roma recorren las calles de Ciudad del Sol. Pero este paseo tiene algo de especial para Sebastián, Catalina y el gato Ovillo, su mascota: hoy Sebastián postulará al Campamento de Verano del Colegio Iglú.

Iglú es el colegio más importante de la ciudad. Y su prestigio y alto nivel académico tiene un motor: el Señor Luces, su director, un hombre ya de edad, y que en su juventud tuvo el sueño de crear un colegio distinto, que valorara y fomentara la diversidad y particularidad de sus estudiantes. Idea que le ha dado muy buenos resultados.

Durante las vacaciones, el colegio Iglú organiza su famoso campamento de verano, en que alumnos de Iglú, junto a niños y niñas de otras escuelas de la ciudad, participan de juegos y actividades recreativas y educativas.

Es tal la fama y reconocimiento del campamento de Iglú, que cada año son cientos los niños de otros colegios que postulan, atraídos por sus juegos y actividades. Es tal el interés, que el director Luces y la junta de profesores han diseñado las “Diez pruebas de admisión”.

Las “Diez pruebas de admisión” son una serie de desafíos que sirven para medir habilidades de los niños y niñas en distintas áreas. Por esas pruebas deben pasar todos quienes no sean estudiantes del Colegio Iglú y deseen sumarse al campamento. A esto se suma una condición adicional: los postulantes deben ser apadrinados por un grupo de estudiantes de Iglú, quienes serán su apoyo para superar las pruebas y pondrán en práctica uno de los principales valores del colegio: el trabajo en equipo.

- Seba –dijo su hermana Catalina, que ya era alumna de Iglú desde el año pasado, cuando llegaron a Ciudad del Sol- estoy muy feliz de que ya estés totalmente recuperado y que hayas escuchado a nuestros padres para postular a estas buenísimas vacaciones. Los cam-

pamentos de verano del cole son muy entretenidos, y los niños y niñas que asisten son muy simpáticos y te harán sentir como en casa.

- Sí -contestó Sebastián-, en realidad este año ha sido muy difícil para mí. La rehabilitación es muy larga y complicada y ya estaba muy aburrido en casa solo. Creo que me hará bien un momento de diversión y estar con otros niños, pero me preocupan las pruebas de admisión, dicen que son muy difíciles.

- Te va a ir bien... estoy segura. Como dice papá: si tuviste la fuerza para soportar tu accidente, esto te será muy fácil. ¡Y cómo sabes si te gustan tanto los campamentos, y los niños del cole, que te dan ganas y te atreves a retomar tus estudios!

- No creo Cata. ¡Para qué voy a volver a estudiar! No creo ser capaz de hacerlo, y tampoco creo que me sirva mucho para el futuro... si es que tengo un futuro. -dijo Sebastián muy triste-

- No estés triste hermanito, yo creo que todo va a cambiar. Pero lo primero será buscar a otros niños para que sean parte de nuestro equipo de postulación. Ya sabes que debes pertenecer a un grupo, pues muchas de las pruebas lo requieren. Pero no te preocupes, yo me encargaré de encontrarlos. Bueno, ya llegamos, estamos justo frente a la puerta del cole. ¿Estás preparado?

- Creo que no.

- Vamos, ten confianza, yo estaré siempre a tu lado.... Seba, creo que debes sacar el bastón de tu mochila y usarlo, ya te lo han dicho muchas veces: usar el bastón te ayudará a ser más independiente dentro del campamento, especialmente cuando yo no te pueda acompañar.

Tímidamente, Sebastián sacó el bastón de su mochila. La idea de utilizarlo nunca le había gustado. La verdad es que le daba un poco de vergüenza que los otros niños se pudieran burlar.

- Vamos, que no pasa nada Seba, no tengas miedo.



Si bien Catalina tenía ya ocho años, su pequeña estatura la hacía ver aún menor. Pero su imagen era sólo una apariencia pues, en realidad, era muy inteligente y madura, por lo que sus padres confiaban plenamente en ella y en los cuidados que daba a su hermano mayor.

- ¡Este cole es muy grande Seba!, y acá se realizan los campamentos. Tiene tres edificios de dos pisos, un gran patio con una enorme campana, una cancha de futbol, una piscina, un gimnasio, parques, muchos árboles y una casa más pequeña donde están las oficinas de los profesores y la dirección. Ahí es donde tendremos que ir para tu entrevista con el Director Luces. Yo lo conozco y es una persona muy buena. Recuerda que nuestros padres ya han hablado con él, y dijo que estaba muy contento de recibirte. ¡Ten cuidado con las escaleras!

Una vez dentro de la casa, se dirigieron hacia una enorme sala de recepción, donde había algunos sillones y un escritorio donde se encontraba Patricia, secretaria del colegio.

- Buenos días Patricia –dijo Catalina.

- Buenos días Cata.

- Te quiero presentar a Sebastián, él es mi hermano y tiene una entrevista con el Director Luces. Este año postulará para participar en los campamentos de verano.

- Si, ya lo sabía. Pero el Director Luces está enfermo. Lo entrevistará el Inspector Sombras.

En un momento la cara de Catalina se desfiguró. Ella conocía la fama del Inspector Sombras y el odio que tenía a los niños. Sin decirle nada a Sebastián para no preocuparlo, se sentaron en uno de los sillones a esperar.

El Inspector Sombras era una persona muy especial y con un aspecto muy particular: de unos cincuenta años, muy delgado y bajo de estatura. Tiene una gran nariz, con una tremenda verruga en su punta. Sus ojos son muy grandes y desorbitados, y ocupa un peluquín que intenta tapar su calva cabeza pero que con el viento o movimientos bruscos, suele moverse de su puesto sin que él se de cuenta, siendo causa de risas de los niños.

Mientras Catalina y Sebastián esperaban ser atendidos, en la oficina del Director Luces,



el Inspector Sombras se paseaba de un lado a otro, refunfuñando, como siempre.

- Hoy es el primer día del campamento. El primero de muchos en que tendré que soportar a esos malcriados niños que con sus juegos y travesuras sólo hacen mi trabajo más difícil. Siempre he creído que Luces está equivocado, su actitud hacia esos pequeños demonios hace que sean unos mal educados. Lo que les hace falta es un verdadero líder, un nuevo director que sea inflexible con ellos, que les enseñe disciplina y a obedecer a sus mayores. Alguien con carácter, mano dura y energía... ¡alguien como yo! Pero por fin este año mis plegarias han sido escuchadas, y ya que Luces se encuentra enfermo, es mi oportunidad para demostrar mi inteligencia a toda la comunidad escolar y, a fin de año, ser elegido como el nuevo director... aquel que cambiará los destinos de Iglú.

En eso estaba el Inspector Sombras, cuando inesperadamente sonó el citófono de su oficina.

- Inspector Sombras, se encuentra acá Sebastián Roma, el nuevo postulante para el campamento de verano.

- Maldición, otro nuevo demonio, no quiero más niños de otros colegios en nuestros campamentos. El resto de los niños no tiene ni las habilidades, ni el espíritu, ni la fortaleza, ni la excelencia de nuestros alumnos, por lo que no deben mezclarse ya que pueden entorpecer nuestro proyecto educativo- pensó Sombras. - Hágalo pasar, Patricia.

Luego de unos momentos, Sebastián tocó la puerta y entró lentamente a la oficina. Los ojos de Sombras casi se salieron de sus órbitas cuando vio entrar a Sebastián.

- ¿Quién eres tú?

- Mi nombre es Sebastián Roma –contestó tímidamente.

- No te escucho niño, ¡habla más fuerte!

- ¡Pero que señor más sordo! - pensó Sebastián- Mi nombre es Sebastián Roma y quiero entrar al campamento de verano del Colegio Iglú –contestó con voz firme.

- ¿Y qué te hace pensar que tú puedes ser participante de nuestro campamento? – pre-



guntó el Inspector-. No es nada contra ti, pero nuestros juegos y actividades no están diseñados para un niño ciego, por lo que no podrás integrarte y divertirte con los otros niños y niñas. Piénsalo, este campamento no es para ti, tendrás muchas dificultades. Es mejor que vuelvas a casa con tus padres y te olvides de esto, es por tu bien.

Por un momento Sebastián se sintió muy triste. Las palabras del Inspector Sombras fueron muy duras e injustas.

- Yo creo que puedo perfectamente pasar estas diez pruebas –dijo Sebastián-, ¡y se lo demostraré!

- Y yo creo que no serás capaz de pasar el examen de admisión –contestó Sombras-. Pero como por el momento las reglas no las hago yo, y el Director Luces ya aprobó tu postulación, te realizaré las diez pruebas... pero las supervisaré yo mismo, para demostrarle a Luces y la comunidad escolar que tengo la razón. Así que prepárate, y nos veremos mañana a las diez en punto.

Desilusionado, Sebastián salió de la oficina para encontrarse con Catalina. Una vez en el patio del colegio, furioso, Sebastián contó con detalles lo que había sucedido con el Inspector Sombras.

- ¡Pero qué se ha creído ese famoso Inspector! -decía Sebastián indignado- ¡Pero qué es eso de que yo no puedo participar en estos campamentos! ¡Quién es él para prohibirme algo! ¡Yo no quiero volver a casa y pasar otro verano aburrido! ¡Ese viejo está equivocado y se lo demostraré! ¡Se va a arrepentir el resto de su vida de lo que me dijo!

Mientras tanto en su oficina, el Inspector Sombras hablaba por teléfono con el Director Luces.

- Sombras, ¿ya ha entrevistado a Sebastián Roma?

- Sí Director, y creo que estamos cometiendo un grave error con dejar que ese niño ingrese a nuestros campamentos de verano.

- ¿Por qué?





- Porque nuestro Colegio no tiene ni el personal, ni la infraestructura necesaria para recibir a un niño discapacitado. Si él ingresa, tendremos que redoblar nuestros esfuerzos y atención para evitar que pueda tener algún accidente. Además, tendremos que adaptar nuestros juegos y actividades para que él las entienda. ¡Eso es mucho trabajo! Y esto no sólo lo pienso yo... creo que muchos de mis colegas estarán de acuerdo conmigo. Por otra parte –enfaticó- el prestigio de nuestro colegio en general, y de nuestros campamentos en particular es muy alto, y nos ha costado mucho tiempo crearlo, por lo que ¿para qué arriesgarnos con este tipo de niños y echar a la basura el trabajo de tanto tiempo?

- No se queje tanto Inspector Sombras –respondió el Director Luces-, creo que es una buena idea recibir a niños distintos a nuestros alumnos. Todos podríamos aprender mucho de esta experiencia. Ahora tengo que dejarlo. Pero piense en lo que le digo y véalo por el lado positivo.

De vuelta en el patio del Colegio, Catalina, que por dentro estaba tan asustada y enojada como su hermano, trataba de motivarlo diciéndole que si bien estas diez pruebas eran muy difíciles, también eran muy divertidas y su inteligencia y actitud podrían ayudarlo a pasarlas sin problemas.

En eso estaban, cuando se acercaron dos niños:

- Hola, ¿por qué tan preocupados? Mi nombre es Nicolás y soy alumno de Iglú.

- Hola – respondió Catalina-, yo también soy alumna de Iglú, y él es mi hermano Sebastián, que este año postulará a los campamentos.

- Hola -respondió Nicolás- yo también estoy en los campamentos, así que seremos compañeros.

- Hola –dijo la niña que acompañaba a Nicolás- mi nombre es Rafaela... bueno, pero por mi aspecto de hoy, me podrían decir tormenta-ela.

- ¿Por qué? -preguntó Sebastián.

Rafaela miró a Sebastián un poco extrañada, sin percatarse que su nuevo amigo era cie-



go, y por eso no había entendido su broma.

- Ahhh... entiendo –exclamó al darse cuenta - Me podrían decir tormenta-ela porque hoy tengo el pelo muy desordenado y parece que hubiese pasado una tormenta por mi cabeza. Ven Seba, dame tu mano-.

Tomando la mano de Sebastián, Rafaela la acercó a su cabeza y le hizo tocar su frondosa y desordenada cabellera.

- ¿Te das cuenta?

- Sí -respondió Sebastián- de verdad que tienes el pelo muy desordenado.

- Yo también soy alumna de Iglú, compañera del Nico y vamos a estar muy felices de recibirte en nuestros campamentos y presentarte al resto de nuestros compañeros. Pero ¿por qué están con esa cara de preocupación?

- Lo que pasa es que el Seba acaba de entrevistarse con el Inspector Sombras, ya que el Director Luces se encuentra enfermo... y la verdad es que el Inspector no fue muy amable con mi hermano... es más, le dijo que no creía que Sebastián pudiera estar en los campamentos de Iglú, y que las diez pruebas, que él mismo supervisaría, le darían la razón.

- Eso sí es un problema –exclamó Nicolás-, el Inspector Sombras es un hombre muy complicado y enojón. Pero no se preocupen, con la Rafa vamos a estar siempre al lado de Sebastián y lo ayudaremos en todo lo posible. ¿Les parece si los cuatro formamos el grupo que apoyará al Seba en su postulación?

Así, estos cuatro nuevos amigos, juntaron sus manos en señal de unión, y se dirigieron a la cafetería del colegio para celebrar con un buen helado, este encuentro y nueva amistad.

Aquella tarde, Catalina, Nicolás y Rafaela, se dedicaron a mostrarle el colegio a Sebastián para que se fuera acostumbrando: los edificios, las salas, el patio, la cancha de futbol y a algunos nuevos compañeros que se encontraban por ahí.

Sebastián, en agradecimiento, les enseñó a sus nuevos amigos su computadora, que le permitía escribir y leer todo lo que en ella aparecía, gracias a un programa especial que le hablaba todo. Incluso, les enseñó cómo utilizaba su bastón, y la gran ayuda que éste era



para las personas ciegas... cosa que nunca hacía y que era una gran demostración de confianza. Así comenzaron a turnarse en el papel de ciego, juego que hizo que Rafaela y Nicolás entendieran mejor a su nuevo amigo. Pero como ninguno de los dos nunca habían tenido un amigo ciego, ni tampoco habían experimentado cómo era la vida de una persona que no veía, chocaban muy seguido con las paredes, sillas, árboles y otras cosas que se les cruzaban en su camino, situación que fue muy divertida y didáctica para todos.

Desde su oficina, el Inspector Sombras, miraba toda esta escena.

- De nada te servirá todo esto Sebastián. Ni conocer el colegio, ni tener nuevos amigos.

Riendo, se alejó de la ventana y se sentó en su escritorio para preparar su estrategia para las próximas semanas.

Ya al atardecer, Sebastián, Catalina, Rafaela, Nicolás y Ovillo, se despidieron en las puertas del colegio.

- ¡Este sí que fue un gran día! – dijo Sebastián- estoy muy feliz de conocerlos.

- Nosotros también –comentó Rafaela-, nos veremos mañana por la mañana para estar presentes en la primera prueba.

De regreso a su casa, Sebastián, Catalina y Ovillo (que nunca se había separado de ellos), caminaban muy contentos por el encuentro con sus amigos. Creo que los próximos días serán muy duros –pensó Sebastián en silencio-, por lo que deberé estar preparado. Ese Inspector Sombras no me vencerá y se va a acordar de mí. Sebastián nunca pensó que la intolerancia del Inspector Sombras con los niños distintos, y sus ganas de pasar unas buenas vacaciones, transformarían el día siguiente, en el comienzo de una gran aventura.

